

Cartelización Conversación Analítica X – 2012

Bárbara Degleve

*“Más allá de la apariencia no está la cosa en sí, está la mirada”
Lacan, Seminario XI*

El presente es un estado de trabajo que surge del recorrido realizado durante el año en el cartel “El yo y el sujeto en la teoría y la clínica psicoanalítica”.

Me interrogo acerca de la prevalencia de la mirada en la constitución fantasmática, más allá de cuál sea el objeto que luego para cada sujeto se fije para la satisfacción pulsional: ¿Qué lugar ocupa la mirada en la relación entre el sujeto y el Otro? ¿Qué consecuencias tiene que el Otro mire o no mire, o cómo mire? Pensar esto supone tener en cuenta, en primer lugar, el carácter éxtimo del objeto en tanto no es ni del Otro ni del sujeto ¿Cómo pensar entonces la mirada de que se trata? La pregunta apunta a si es posible pensar a la mirada como constitutiva del fantasma en tanto se articula al deseo del Otro, a su falta, a la hiancia donde el sujeto se va a alojar, como objeto. Es decir, la mirada como indicativa, si se puede decir así, de lo deseante del Otro, condición misma de la entrada del sujeto como objeto en el campo del Otro y de su fijación fantasmática.

Voy a tomar en primer lugar, para acercarme a responder a la pregunta inicial, el i(a) producto del estadio del espejo, en tanto su ubicación en el grafo del deseo, debajo del fantasma del lado de las respuestas, y la solidaridad de sus matemáticas en tanto en ambos, i(a) y \$ (losange) a, está el a. Diana Rabinovich en “Una clínica de la pulsión: las impulsiones” (pág. 63), dice que hay *“homología entre el yo y el fantasma (...) en la medida en que ambos son respuestas al deseo del Otro”*. O sea que se trata en ambas instancias del a en tanto causa de deseo, posición en la cual el sujeto se sostiene como causa del deseo del A. En “La angustia y el deseo del Otro”, Diana Rabinovich (pág. 91) afirma: *“El lugar de la angustia como traumática es el lugar donde surge el deseo del Otro y, en tanto que soy objeto causa de ese deseo, me encuentro a su merced, pero también ante esa falta que el deseo testimonia en el Otro. Este es el punto privilegiado que el fantasma viene a obturar, a taponar; pero es, asimismo, el punto que el yo especular (moi) también obtura a su modo.”*

Y en relación a una articulación entre i(a) y mirada, encontramos en Lacan una articulación a la mirada en la relación del sujeto al Otro cuando formula en “De nuestros antecedentes”, que *“lo que se manipula en el triunfo del hecho de asumir la imagen del cuerpo en el espejo, es ese objeto evanescente entre todos por no aparecer sino al margen: el intercambio de las miradas, manifiesto en el hecho de que el niño se vuelva hacia aquel que de alguna manera le asiste, aunque sólo fuese por asistir a su juego.”*

En el Seminario X leemos (pág 273): *“Por la forma i(a), mi imagen, mi presencia en el Otro, carece de resto. No puedo ver lo que allí pierdo. He aquí el sentido del estadio del espejo.”* Es decir que algo queda velado, oculto tras la imagen.

Y luego dice: *“más que la forma que él mancilla, es el lunar el que me mira. Es porque me mira por lo que me atrae tan paradójicamente, algunas veces con más razón que la mirada de mi partenaire, pues esta mirada me refleja y, en la medida en que me refleja, no es más que mi reflejo, vaho imaginario. No es preciso que el cristalino esté opacado por la catarata para cegar la visión –cegarla al menos en lo que a la castración se refiere, siempre elidida en el plano del deseo cuando éste se proyecta en la imagen.”*

Lacan está ubicando esta “ceguera”, ese “no poder ver”, “lo que aparece al margen”, este “objeto evanescente” elidido en la imagen especular: a. Es decir, hay una función de lo imaginario especular que consiste en velar el objeto que reviste. Y el fantasma, en tanto la estructura imaginaria que soporta, la pantalla fantasmática, también cumple función de velar, de taponar el deseo del Otro, es decir, su castración.

En el Seminario X (pág. 261) leemos: *“lo que surge como correlato del a minúscula del fantasma es algo que podemos llamar un punto cero, cuyo despliegue en todo el campo de la visión es para nosotros fuente de una especie de apaciguamiento, que tiene desde siempre su traducción en el término contemplación. Hay ahí una suspensión del desgarramiento del deseo –suspensión ciertamente frágil, tan frágil como una cortina siempre dispuesta a replegarse para desenmascarar el misterio que esconde. (...) La imagen búdica en la medida en que los párpados entornados nos preservan de la fascinación de la mirada al mismo tiempo que nos la indican. Esta figura está, en lo visible, toda vuelta hacia lo invisible, pero nos lo evita. (...) Toma el punto de angustia enteramente a su cargo y suspende, anula en apariencia el misterio de la castración.”*

O sea que lo que está indicado es el deseo del Otro, la castración. En este punto se articula la idea de la mirada como indicando el deseo del Otro, es decir, su castración, siendo justamente este el punto que el i(a) y el fantasma vienen a obturar con la función de contemplación, este apaciguamiento de la mirada, presentando un velo.

Diana Rabinovich en “La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan” (pág. 77) toma la metáfora del parálítico y el ciego del Seminario II y ubica allí a *“la fascinación como un elemento esencial de la constitución del yo. Esta mirada ciega que sostiene la especularidad es ya un esbozo de la mirada como objeto (a), (...) que muestra ya cómo el prestigio de la imagen se apoya en un más allá del narcisismo. Esa mirada que hará del sujeto mancha apunta en dirección al objeto (a) como real.”*

Pero si en el punto de fascinación el sujeto queda justamente capturado, fijado, “arborificado” como el Hombre de los Lobos, se trata del anonadamiento. La fascinación entonces, es del yo, pero en tanto el a que soporta al yo anonada al sujeto. Algo del a aparece indicado tras el velo, por ejemplo el espanto que produce en el sueño la mancha en la garganta de Irma, que si bien indica algo del objeto, no es una confrontación directa con el agujero. Lo mismo que en el cuadro de Los Embajadores, donde la calavera representa lo horroroso, por lo cual se trata de algo que sería más del orden del espanto, de la angustia, pero no el puro agujero y del horror al saber, ya que está representado. La fascinación del niño en la imagen en el estadio del espejo, da cuenta justamente de la operación del i, el a queda velado, si no en lugar de júbilo habría angustia. Ahora bien, el extremo de la fascinación lleva a algo del anonadamiento, en tanto la captura en esa imagen se soporta en el objeto que hay detrás.

Al respecto leemos en el Seminario XI (pág. 124): *“El mal de ojo es el fascinum, es aquello cuyo efecto es detener el movimiento, y literalmente, matar a la vida. (...) El fascinum es la función antivida, antimovimiento, de ese punto terminal, y es precisamente una de las dimensiones en que se ejerce directamente el poder de la mirada.”*

Según Miller en “Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma” (pág. 37): *“Para que exista un deseo es necesario que en algún punto se cierren los ojos, pues ver todo mata el deseo. (...) Por eso el deseo cierra los ojos”*. Esto se puede articular a la fascinación como la función antivida de la mirada.

Diana Rabinovich en “Una clínica de la pulsión: Las impulsiones” (pág. 70) dice: *“hay que olvidarse del i minúscula, porque si nos ocupamos de los ideales, del narcisismo en su sentido habitual, de la belleza, del adelgazamiento, de la salud, de cualquier ideal, ahí necesariamente vamos hacia aquello que solidifica esta posición (...). Lo importante aquí es la falta: a.”* La herida narcisista no es una pavada, porque en el yo hay goce, por lo tanto se trata de una pérdida de goce. El carácter a su vez, el “yo soy así”, también responde a esta estructura i(a), es recuperación de goce.

O sea que un contrapunto con las psicoterapias se puede ubicar en tanto lo que no se toca en ellas es el goce -fuente de padecer correlativo del movimiento detenido y fijado en el fantasma- que hay en el yo. Reforzando el yo no se hace sino otorgar mayor consistencia a la posición de objeto condensadora de goce que tiene el sujeto en el fantasma. En el análisis se trata en cambio de conmover esta función tapón de la castración en el Otro, hacer caer la ficción de la causa del deseo del Otro desde donde el sujeto recupera goce.

Por lo tanto, el yo en su función de ser amable al Otro, en tanto la operación del a que lo soporta y su articulación al objeto en el fantasma, es solidario de un movimiento de fijación, lo antivida, la detención del deseo en tanto la obturación del deseo del Otro, de su barradura, la sumisión del sujeto al deseo como deseo del Otro. El análisis apunta a conmover estas identificaciones para vivificar al sujeto.

Bárbara Degleve

Diciembre 2012
barbaradegleve@gmail.com